

Coraje y fe

UNA vez más, en estos tiempos de crisis y de esperanza, entramos en las celebraciones navideñas. Y entre el gozo y la nostalgia que estas fechas imponen al espíritu, parece que, en este año, diversas circunstancias nos invitan a centrar nuestras reflexiones en el hombre; a sintonizar con las exigencias del combate pacífico y siempre inacabado en pro de la dignidad de la persona, en el reconocimiento y realización de sus derechos y deberes. El hombre, ¿no constituye acaso el común punto de referencia, particularmente en estos días entrañables, para creyentes y no creyentes?

A comienzos de este mes se ha cumplido el trigésimo aniversario de la proclamación solemne de la Declaración de los Derechos Humanos, adoptada por la asamblea general de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948. La comunidad internacional ha celebrado esta efeméride con diversos actos y manifestaciones. En alguno de ellos se ha decidido, con notable acierto, hacer una destacada lectura del preámbulo del famoso documento, que sin duda refleja todavía —y con extraordinaria fidelidad— las aspiraciones de los hombres y mujeres de 1978. Particularmente en el primero de los «considerandos», que afirma: «El reconocimiento de la dignidad inherente a todos los miembros de la familia humana y de sus derechos iguales e inalienables constituye el fundamento de la libertad, de la justicia y de la paz en el mundo».

Los treinta artículos que siguen al preámbulo constituyen una gran obra al servicio del hombre; una empresa nacida durante la segunda guerra mundial, que pudo quedar definitivamente plasmada pocos años después de la terminación del conflicto bélico. Quien relea el articulado y contemple la realidad contemporánea dirá acaso que sus propósitos han sido más utópicos que realistas; efectivamente, no cabe dudar de que, en todos los meridianos ideológicos y políticos, son constantes las violaciones a los derechos proclamados en aquel texto, a veces con formas nuevas y sutiles de degradación y de manipulación humanas. Lamentablemente, sigue siendo actual otra de las afirmaciones del preámbulo: «El desconocimiento de los derechos del hombre ha conducido a actos de barbarie que sublevarían la conciencia de la humanidad; el advenimiento de un mundo en que los hombres, liberados del terror y de la miseria, ha sido proclamado como la más alta aspiración del hombre». Sin embargo, en estos tres decenios y junto a una progresiva degradación humana —todavía más lamentable y preocupante que la del medio ambiente— hay que señalar también que han recorrido un camino irreversible la fe en los derechos fundamentales del hombre, la conciencia personal y colectiva de la dignidad y el valor de la persona humana, la igualdad de derechos de los hombres y de las mujeres, la realización de un progreso social que beneficie a todos, la aspiración a una mejor calidad de vida...

También en este mes de diciembre España ha vivido un hecho de indudable trascendencia histórica: la aprobación de la Constitución mediante el referéndum del pasado día 6, texto legal que el próximo miércoles será objeto de solemne sanción por el Rey. Sin duda constituye la más efectiva conmemoración que cabía esperar de la efeméride a que antes hemos hecho referencia. Nuestra Constitución, en efecto, incluye una verdadera «Carta de los derechos humanos», notablemente actualizada en algunos puntos. La afirmación y promoción de los derechos del hombre, como de sus correspondientes deberes, encuentra en el texto el reconocimiento más explícito y detallado de nuestra historia constitucional y aparece como una de las tareas primordiales del poder político. Y conviene subrayar, a este respecto, que el grado de aplicación de los derechos humanos en un país determinado constituye el criterio esencial para juzgar la moralidad y el nivel ético de este país.

A nadie se le oculta que dar efectividad a los derechos constitucionales va a ser empresa de largo alcance y de intensas fatigas, en todos los estratos y estamentos de nuestra colectividad. ¿Cómo no hacer mención, de una manera especial, de los constantes atentados al derecho a la vida por obra de un terrorismo enloquecido que produce implacablemente nuevas víctimas cada día? ¿Y qué significa la constitucionalidad del derecho al trabajo para el millón doscientos mil parados y para sus familias?

El combate en favor del hombre y de su dignidad requiere, aquí y en todas partes, una gran dosis de coraje y de

Nostálgico sin remedio

Papel sobre las Navidades

EN unos países más y en otros menos —también en unas familias más y en otras menos—, el área de la antigua Cristiandad celebra estos días la Natividad del Señor. De hecho, la gente de fe continúa su tradición piadosa, como es lógico, pero la otra, la que ya se alejó poco o mucho de las creencias ancestrales, tampoco renuncia a los ritos festivos de la conmemoración. Ignoro si las misas «del gallo» siguen teniendo una concurrencia apreciable. Me parece, en cambio, que las comilonas de la fecha no han perdido todavía el énfasis de siempre, y la mesa y la cocina, en la medida de los posibles, restauran el sentido doméstico de la parentela, aunque sólo sea por unas horas. ¿Cómo no recordar, enseguida, aquel poema de Salvat-Papasseit: «i tan pobres com som! Segun la geografia y sus costumbres, será el pavo, el besugo, los turronecillos, el mazapán, la bota de tintorro, cualquier succulencia cara o barata, lo que señale el día. Son siglos y siglos de hacerlo así. La lenta, lentísima secularización de nuestra sociedad ha ido corroyendo, sin duda, el sentido estrictamente religioso del acontecimiento. Yo pienso que, sin ellos imaginárselo, los comensales de la Navidad, «rezan» a su modo mientras devoran y beben suntuosamente. Incluso los ateos.

El problema, sin embargo, se plantea hoy en torno a la supervivencia de eso que llamamos la «familia». Porque, en definitiva, y por alguna razón históricamente oscura, la Navidad se centra en la reunión del «clan» más o menos consanguíneo, y suegras y nueras, cuñados y cuñadas, padres e hijos, pactan una tregua, se hacen carantoñas, olvidan sus rencores del «nido de víboras» que suelen ser, y se conmueven ante el espectáculo de los nenes golosos o traviesos que serán la nueva generación. Si han montado un «pesebre», los papás agnósticos prolongan el hechizo sobre sus hijos. Y, en el supuesto de que no tengan en marcha el imprescindible televisor, quizá hasta tarareen mejor o peor entonado algún villancico. Ellos también fueron niños y disfrutaron de unas remotas navidades emotivas. Les queda ese poso sentimental, notoriamente reaccionario, pero ¿qué quieren ustedes que ha-

gan! La vida es la vida. Cuando los chicos pasan a adolescentes la cosa cambia. El adolescente humano es un animal crítico: inconformista. Pero, con el tiempo —se es adolescente tres o cuatro años—, se corrige. Y, a la larga, entra en el juego. Cada vez menos, probablemente, aunque no demasiado. La «desintegración» de la familia aún no resulta tan alarmante como creen los obispos, que sólo disponen de «familiares».

Nunca dejó de haber navidades difíciles para el personal. Por ejemplo, si un luto se interfiere. Murió la abuela, el tío, la mamá, o un primo hermano simpático, y su vacío estropea momentáneamente las delicias del menú. Pero eso acaba arreglándose: la segunda Navidad recobra su euforia. Otra situación disidente es la de los «solitarios». Xènius escribió una «glosa» casi tierna, o enternecedora, que se titulaba «El Nadal dels solitaris». Don Eugenio estaba entonces en París, creo, y fue a comer a su «bistrot» habitual el 25 de diciembre. El local estaba vacío. En cuatro o cinco mesas, un individuo ingería su sopa, masticaba su escalope, tomaban su vaso de vino. Y se miraban los unos a los otros con la conmiseración oportuna. En el resto de la ciudad, las «familias» estaban reunidas, y ellos no disponían de una «familia» a su alcance: por carencia, por exilio, por cualquier eventualidad. Y el escrito del señor Ors destilaba una lagrimita. Muy comprensible. Sólo que hay fórmulas de superarla. Yo, hace años que como solitario en mis navidades, y superé el trauma. ¿Qué más da un día que otro? Pero comprendo la amargura de los demás.

Lo que me apasiona es suponer lo que serán las navidades dentro de unos quinquenios. Habrá más bajas en las misas nocturnas, y las habrá en los domicilios. No en la «fiesta». El Niño-Dios originario se verá postergado por la creciente indolencia devota de las multitudes: si alguien necesita aún un poco de villancicos, pondrá un disco en su gramola eléctrica, y en paz, y los clásicos «pesebres» perderán su aliciente a medida que en las escuelas se explique menos Historia Sagrada. Y, por encima de eso, se encontrarán con que la «fami-

lia» habrá dejado de ser «familia». Ni habrá cocinas opulentas. Contra la consigna de un famoso reverendo, cuyo nombre nunca aprendí, de que «la familia que reza el rosario unida, permanece unida», podría erigirse otra: «la familia que come unida permanece unida». Sobre todo en Navidad. Dentro de veinticinco años —es un pronóstico— ya no habrá ni una sola ama de casa dispuesta a sacrificarse en sus fogones para servir la mesa gloriosa de la Navidad. Comprarán un pollo de granja, abrirán unas latas, descongelarán lo que convenga descongelar, y basta. Lo peor es que quienes se sentarán a comer «porque es Navidad», les importará un comino —¿comino?— los platos familiares. Tal vez se vayan de fonda, y en los restaurantes les servirán cualquier guiso anodino.

Yo no me atrevo a sugerir que la Navidad, tal como la heredamos, es un episodio «cultural» digno de conservarse. Me temo reproches jovialmente «progresistas». Ya ocurrirá lo que tendrá que ocurrir. Pero me parece que la decadencia de las comidas navideñas sea tanto como olvidarse de Virgilio, del «Quijote», de Thomas Mann, de Picasso, de la música barroca, de Guerau de Liost. La cultura del paladar tenía, hasta ahora, la obligación del calendario: unas «fiestas». Las familias se dispersan, la población se resigna al bocadillo, y luego se irá al cine o a la discoteca. Será su estilo —y me repito— de celebrar el Nacimiento del Redentor, que, evidentemente, no es menos profano que el que habían implantado nuestros predecesores. El desfalte no es religioso. Es sociológico, de una parte, en cuanto la «familia» entra en crisis, y es gastronómico, de otra porque, desaparecido el «hogar», se disuelve la cocina. No sé lo que Vázquez Montalbán o Luis Bettonica opinarán sobre el tema. Mis reticencias no son de «gourmet» sino de un nostálgico que se sabe condenado a serlo sin remedio. Y no es una cuestión de cancioncillas ni de teologías. Es un poema de Salvat-Papasseit. O una glosa de Xènius. O el horror de una hamburguesa.

Joan FUSTER

La festividad del martes

Nuestro San Esteban catalán

ES muy difícil, en plena alegría navideña, dejar de hablar de esta otra gran fiesta del martes, tan familiar y tradicional entre nosotros, como es el día de San Esteban. San Esteban representa en los Países catalanes el segundo gran día de la Pascua navideña. Para el resto de los españoles se les antoja a veces extraño que el día 26 de diciembre sea aquí todavía fecha inhábil y en la actualidad por recomendación de la Generalitat. Por este motivo imagino que quizá pueda interesarles saber algo sobre esta festividad.

La personalidad de San Esteban va ligada a una serie de tradiciones populares y hay poblaciones catalanas como Salou, que —supongo que por vía de prodigio— lo tienen por natural de la villa. En realidad, San Esteban, considerado el primer mártir del cristianismo ya que murió lapidado en el año 33, fue diácono en Jerusalén. Se distinguió por su celo apostólico y por un abnegado ejercicio de la caridad. Ambas cosas parece ser que le granjearon el odio religioso de los judíos. Después de una de sus predicaciones explican así su martirio los «Hechos de los Apóstoles»: «Entonces, clamando ellos con gran gritorio, se taparon los oídos y todos a una arremetieron contra él. Y, arrojándole fuera de la ciudad le apedrearon; y los testigos depo-

sitaron sus vestidos a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Y apedreaban a Esteban, el cual estaba orando y diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y, poniéndose de rodillas, exclamó en voz alta: «Señor, no les hagas cargo de este pecado». Y dicho esto durmió en el Señor».

La Iglesia celebra dos fiestas de San Esteban. Una en memoria de su muerte, el 26 de diciembre y, otra, el 2 de agosto que es la fecha en que descubrieron sus reliquias en el año 145. También, por tradición, se cree que es el primer santo a quien la Iglesia le consagró una fiesta. La vida de San Esteban fue pintada maravillosamente por Fra Angélico en los frescos de la capilla de Nicolás II del Museo Vaticano. El gran pintor de la Orden de Santo Domingo presenta, con aquella luminosa religiosidad llena de vigor doctrinal y de pureza técnica, los principales momentos de la vida del Santo, desde su consagración por San Pedro como diácono hasta la lapidación.

En Cataluña tradicionalmente San Esteban fue patrón de los solteros. Y esta cofradía de San Esteban tuvo un gran arraigo en la Cataluña del XVIII y del XIX; cuando pasaban la bandeja petitoria era costumbre de tirar violentamente las monedas en ella para que tintinearan con gran ruido y recordaran así

la lapidación del Santo. San Esteban era además el patrón de diversos gremios de oficios. Lo era de una de las cofradías gremiales más importantes de Barcelona en la que se reunían los artesanos más ricos, especialmente los que se dedicaban a artes suntuarias y también los que fabricaban arreos para cabalgar. La cofradía «dels Esteves» celebraba solemne oficio en la catedral, con la misma tradición del estentoreo lanzamiento de monedas en la bandeja petitoria.

Por ser San Esteban diácono, también era patrón de cuantos intervinieron en la Iglesia sin haber sido ordenados: diáconos, campaneros, sacristanes, monaguillos, etcétera.

Finalmente, también en recuerdo de la lapidación era la fiesta de cuantos trabajaban la piedra: marmolistas, canteros, picapedreros, amoladores, etcétera. Todo ello hizo que, siendo la fiesta de tantos ciudadanos, se incorporara al ciclo navideño, «l'arròs de la catedral», blando es una secuela de las fiestas de Navidad. Se suele guisar un arroz con los despojos de las aves navideñas, «l'arroç de la catedral», también llamado humorísticamente «colls y punys», aludiendo al cuello y las patas de las aves que lo componían, amén de los sabrosos menudillos de aves.

Como habrán visto nuestros lec-

tores, la mayoría de tradiciones gremiales de la fiesta de San Esteban han desaparecido; también pasó a mejor vida el célebre baile de la tarde de este día. Era conocido como el baile de la Patcada como consta en el Libro Verde de Barcelona, calendario de las festividades catalanas desde hace más de un siglo. El baile de la Patcada que ha pasado al lenguaje familiar barcelonés era, como su nombre indica, un baile público de un bullicio indescriptible. La primera noticia que se tiene de este baile es de 1614. Los dos primeros bailes públicos de Barcelona fueron los de la Lonja para la aristocracia y la burguesía acomodada y éste, eminentemente popular. La Patcada estaba en la travesía de la calle Conde del Asalto y era un gran almacén perteneciente a don Antonio Nadal. Allí se celebraban los bailes de carnaval, la piñata, y sobre todo este de San Esteban, célebre por su algazara. En 1850 tuvo que intervenir la autoridad para evitar mayores desmanes.

Hoy de estos bailes sólo queda un legendario recuerdo. La fiesta de San Esteban es sólo una prolongación navideña que alarga, a juicio de muchos excesivamente, nuestras Navidades.

Néstor LUJAN

fe. También de esperanza. La esperanza de que el futuro será mejor que el pasado, sobre todo si se ponen ahora bases efectivas para que así pueda ser. El futuro puede ser mejor; pero no resultará ser «mágicamente» mejor. Es significativo, a este respecto, que la ONU haya proclamado 1979 como el Año Internacional de la Infancia, con especial interés en que durante él sean promovidos los diez principios de la Declaración de los Derechos del Niño, de cuya promulgación se van a cumplir los veinte años. Y que Juan Pablo II —que envió a Kurt Waldheim un mensaje muy explícito sobre los derechos humanos— haya decidido continuar la celebración anual de la Jornada de la Paz en el primer día del año; la ya inmediata plantea precisamente el tema de la educación para la paz. El respeto efectivo de la dignidad humana es, en efecto, el camino que ha de hacer posible para la humanidad el anuncio angélico de la primera Navidad: «Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres»...

BAZAR Perpiñà
Rda. San Pablo, 4, 6 y 8 Rda. Universidad, 21 - Tels. 242.17.35 - 318.79.94

LAVAVAJILLAS DE HOY A PRECIOS DE AYER PRIMERAS MARCAS

22.222,-

¡O POR SOLO 1.120,- PTAS. AL MES!

1.ª marca - ZANUSSI - INDESIT - KELVINATOR CROLLS - NEW POL - BRU

COMPRE HOY A PRECIOS DE AYER

transporte gratis a toda Cataluña